

EL DIVÁN DE LA ALJAMA

Nuestra herencia andalusí en la belleza de los arabismos,
de José Antonio Enrique Jiménez

Guillermo García Valera



Portada de la novela

Un arca para el idioma

Desde mucho antes de que el ser humano comenzara a poner por escrito su memoria oral, cada vez que ha querido preservar algo valioso de la desaparición, ha construido un arca. Es el caso del conocido relato del Antiguo Testamento, así como de ejemplos más recientes. Al norte de Noruega, en una isla helada dentro del círculo polar ártico, adentrándose a decenas de metros del interior de una montaña, hay un almacén de semillas en el que se han reunido cerca de un millón de especies distintas. Su razón de ser está en la conservación de las simientes que encierran el potencial genético de la mayoría de las plantas que utilizamos para alimentarnos, ante las amenazas que pueden afrontar los diferentes nichos agrarios del planeta.

En una escala distinta, pero con la misma intención protectora, el profesor José Antonio Enrique Jiménez, en su poemario *El diván de la Aljama* (Editorial Berenice, marzo de 2020), ha querido poner a resguardo la herencia léxica hispanoárabe del idioma español. Se trata de un arca lingüística que pone todo el protagonismo en las palabras de origen andalusí que un día fluyeron caudalosas por nuestra habla, y de las que aún hoy día empleamos bastantes sin percatarnos de su raíz filológica. Es un proyecto personal orientado a recordarnos qué vivo está el legado de la cultura árabe en la lengua y la literatura hispanohablantes, además de atesorar en un nutrido glosario estos términos y sus acepciones, que en parte están en peligro de abandono y olvido.

Como un objeto caleidoscópico, es un libro de naturaleza diversa. Consta, aparte del mencionado glosario de arabismos, de un pequeño estudio de la literatura hispanoárabe; un corpus poético que incluye formas líricas tales como zéjeles, gazales, moaxajas, casidas, romances; dos narraciones breves en prosa con ecos de la mitología clásica, y anexos con material patronímico y bibliográfico. La premisa que se plantea el autor al principio de todo es: «Si el elemento creador del poeta es la palabra, ¿están todas a su disposición [...], estén en desuso, sean neologismos o préstamos de otros idiomas?». Su conclusión es que sí, que puede y debe lanzarse a trabajar con el acervo de una época de la historia de España y de las regiones de Levante que quiere revalorizar. En la confección de cada verso, de cada párrafo, Enrique Jiménez trenza con la libertad del artista los vocablos de ascendencia andalusí con los de sustrato hispánico. Es el lector quien integra en su lectura estos dos afluentes de lenguaje en un único río idiomático.

En relación con esto, tengo que hacer un reparo, desde mi punto de vista, a la decisión de editar los textos destacando en letra cursiva los arabismos. Creo que hubiera sido mejor no subrayarlos y dejar a quien se acerca a estos poemas la aventura de identificarlos y acudir al glosario o a un diccionario para conocer su significado. A ojos del que lee, se percibiría una mayor unidad formal del idioma, que es una de las premisas de las que parte el propio autor en sus notas introductorias. Quizá es tan solo una objeción de índole estética, pero que me parece relevante para la coherencia de la propuesta.

Regresando a la metáfora del lenguaje como un río singular, Enrique Jiménez se refiere al patrimonio lingüístico de la dominación islámica de la Península como un «limo léxico» dejado por la crecida cultural, que ha fertilizado el castellano durante siglos. El poeta reflexiona sobre qué uso actual le damos los hablantes a este terreno fértil. Si queda espacio en el uso que hacemos de las palabras para una riqueza que se oscurece con el abaratamiento de nuestras expresiones. El propósito declarado es recuperar, hacer acopio y bruñir unas voces dispersas, casi extraviadas en algún caso, y poblar con ellas paisajes que nos son familiares, pero que no nos habían vuelto a dibujar con esta paleta de colores: la huerta del Guadalentín y sus leyendas; el escenario mediterráneo y sus principales señas de identidad, como el

aceite de oliva y el vino; las poblaciones árabes del norte de África y Oriente Medio; un drama tan eterno e inmutable como el de los refugiados de guerra. Se sirve para sus versificaciones tanto de motivos cultos como de preocupaciones que pertenecen al mundo globalizado: la desigualdad, las migraciones, el racismo o el desastre ecológico.

A lo largo de la obra, Enrique Jiménez detalla mediante alusiones marginales o notas al pie, la influencia que han tenido en él desde la lírica castellana a los autores canónicos de la literatura árabe. Dos orillas opuestas que se cruzan en islas mestizas, por las que este arca para las palabras del profesor murciano va circunnavegando. Igualmente, está el poso de ciertos géneros literarios de largo aliento, como el *nóstos* griego o la *riḥla árabe*, que tratan de viajes extensos a los que los personajes se ven abocados, y cuanto les acontece en ellos.

Con estos horizontes delimitando su territorio, Enrique Jiménez va hilvanando en sucesivas composiciones los variopintos arabismos que ha reunido, acentuando la musicalidad de los versos y elevando su enunciado formal. Aunque la mayor parte de las veces se nos escape su significado, este no es imprescindible para que nos alcance la belleza poética que desprenden. De manera que estas palabras de origen andalusí vuelven a fluir en el caudal del idioma, recordándonos el sentido que conservan y el encanto que siguen ejerciendo.

Enrique Jiménez, J.A. (2020). *El diván de la aljama. Nuestra herencia andalusí en la belleza de sus arabismos*. Córdoba: Berenice.